

La hora de la unanimidad

Luis E. Aguilar

A principios de mayo, en medio de una algarabía fomentada y organizada por el gobierno ante una supuesta e inminente «invasión» de los Marines, el Diario de la Marina fue clausurado. A mi juicio, llegaba para Cuba...

LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN, SI QUIERE SER VERDADERA, TIENE QUE DESPLEGARSE sobre todos y no ser prerrogativa ni dádiva de nadie. Tal es el caso. No se trata de defender las ideas sustentadas por el *Diario de la Marina*. Se trata de defender el derecho del *Diario de la Marina* a expresar sus ideas. Y el derecho de miles de cubanos a leer lo que consideren digno de ser leído. Por esa libertad de expresión y de opción se luchó tenazmente en Cuba. Y se dijo que si se empezaba persiguiendo a un periódico por mantener una idea, se acabaría persiguiendo a todas las ideas. Y se dijo que se anhelaba un régimen donde tuvieran cabida el periódico *Hoy* de los comunistas y el *Diario de la Marina*, de matiz conservador. A pesar de ello, el *Diario de la Marina* ha desaparecido como expresión de un pensamiento. Y el periódico *Hoy* queda más libre y más firme que nunca. Evidentemente, el régimen ha perdido su voluntad de equilibrio.

Para los que anhelamos que cristalice en Cuba de una vez por todas la plena libertad de expresión. Para los que estamos convencidos de que en esta patria nuestra la unión y la tolerancia entre todos los cubanos son esenciales para llevar adelante los más limpios y fecundos ideales, la desaparición ideológica de otro periódico tiene una triste y sombría resonancia. Porque presétesele como se le presente, el silenciamiento de un órgano público o su incondicional abanderamiento en la línea gubernamental, no implica otra cosa que el sojuzgamiento, de una manera o de otra, de una tenaz postura crítica. Allí estaba la voz y allí estaba el argumento. Y como no se quiere o no se puede discutir el argumento, se hizo imprescindible ahogar la voz. Viejo es el método, conocidos son los resultados.

He aquí que va llegando en Cuba la hora de la unanimidad. La sólida e impenetrable unanimidad totalitaria. La misma consigna será repetida por todos los órganos publicitarios. No habrá voces discrepantes, ni posibilidad de crítica, ni refutaciones públicas. El control de todos los medios de expresión facilitará la labor persuasiva: el miedo colectivo se encargará del resto. Y bajo la voceante propaganda quedará el silencio. El silencio de los que no pueden hablar. El silencio cómplice de los que, pudiendo, no se atrevieron a hablar.

¡Pero, se vocifera, resulta que la Patria está en peligro! Pues si es cierto que lo está, vamos a defenderla haciéndola inatacable en la teoría y en la práctica. Vamos a esgrimir las armas, pero también los derechos. Vamos a comenzar por demostrarle al mundo que aquí hay un pueblo libre, libre de verdad, donde pueden convivir todas las ideas y

todas las posturas. ¿O es que para salvar la libertad nacional es preciso empezar por ahogar las libertades ciudadanas? ¿O es que para defender la soberanía se hace indispensable limitar los soberanos derechos individuales? ¿O es que para demostrar la justicia de nuestra causa hay que hacer causa común con la injusticia de los métodos totalitarios?... ¿No sería mucho más hermoso y más digno ofrecer a toda la América el ejemplo de un pueblo que se apresta a defender su libertad sin menoscabar la libertad de nadie, sin ofrecer ni la sombra de un pretexto a los que aducen que aquí estamos cayendo en un gobierno de fuerza?

Lamentablemente, tal no parece ser el camino escogido. Frente a la sana multiplicidad de opiniones, se prefiere la fórmula de un solo guía, y una sola consigna, y una misma obediencia. Así se llega a la unanimidad obligatoria. Y entonces ni los que han callado hallarán cobijo en su silencio. Porque la unanimidad es peor que la censura. La censura nos obliga a callar nuestra verdad, la unanimidad nos fuerza a repetir la verdad de otros, aunque no creamos en ella. Es decir, nos disuelve la personalidad en un coro general y monótono. Y nada hay peor que eso para quienes no tienen vocación de rebaño.

COLETILLA

Al Comité de Libertad de Prensa de Prensa Libre se le acercan tareas superiores, enormes. Ahora probablemente recalarán por acá caras psiquitrilladas por «allá». Mayores provocaciones, mayores intrigas, puñales envueltos en pañales de «consejos Iraternales».

Hoy nos toca desenmascarar a uno que cuando la caverna se queda sin órgano se desboca añorando por el mundo «libre», la «libertad de prensa» la «libertad individual», la libertad, la libertad... En fin, la libertad en abstracto, la libertad inexistente. Es lógico que no se atreva a decir la libertad que pretende para qué es y para quiénes la pide. Porque «la triste resonancia» de la libertad para alabar a una misión yanqui que entrenó a asesinos de 20.000 cubanos y los armó hasta los dientes, para poseer enormes latifundios que se traducían en parásitos, piojos, etc..., para los campesinos y miseria para el pueblo, la libertad para saquear el tesoro público, para mantener a Cuba bajo la coyunda imperialista y de un régimen semifeudal, una economía semicolonial, esa libertad ya no existe en Cuba ni existirá jamás. Para quienes procuren esto hay paredón, cárcel, exilio y odio.

Esta unanimidad totalitaria que escandaliza a estos vocingleros de la explotación, esta nueva vida, esta nueva Cuba es la que defenderemos hasta la última gota de sangre y que ya provoca tanta solidaridad que casi se puede decir que la disyuntiva entre Patria y Muerte ya irremisiblemente se ha resuelto en Patria.

Tomado de *Prensa Libre*, 13 de mayo de 1960